

Recensión:

Appiah, K. W. (2019). *Las mentiras que nos unen. Repensar la identidad. Creencias, país, color, clase, cultura*. Barcelona: Taurus. 322 páginas. ISBN: 9788430622269

Alberto Izquierdo-Montero *

Universidad Nacional de Educación a Distancia, España

Aquí voy a defender numerosos argumentos, pero, independientemente de lo enfático de mi lenguaje, pido que se recuerde siempre que, si los presento, es para que el lector o la lectora los someta a consideración a la luz del conocimiento y la experiencia propios. Mi voluntad es iniciar una conversación, no darla por zanjada. (Appiah, 2019, p. 15)

En esta ocasión, Kwame Anthony Appiah nos ofrece un ensayo filosófico donde plantea ciertas cuestiones a tener en cuenta en los diálogos y debates actuales sobre identidades personales y colectivas. Lo hace, además, aportando una forma de mirar compleja y con perspectiva histórica que, sin embargo, se refleja en un texto de amena lectura y sencilla comprensión, gracias a un estilo narrativo literario capaz de entrelazar argumentos, anécdotas y fragmentos biográficos y autobiográficos, conformando así un relato abierto para –como decía– invitar a conversar y repensar(nos) desde el cuestionamiento de esas “mentiras que nos unen” (y nos separan). Se trata de una aportación orientada a provocar tambaleos en algunas maneras erróneas, tendenciosas y dogmáticas de definir y entender lo identitario, a partir de las cuales la reafirmación de una pasa por la negación de otros/as, llegando a consolidar identidades esencializadas, cerradas, violentamente excluyentes, opresoras y –en último término– “asesinas”, como ya nos mostraran, por ejemplo, Appadurai (2007) y Maalouf (2010).

La obra, publicada con el título original “*The lies that bind. Rethinking identity: Creed, country, color, class, culture*”, y traducida al castellano por María Serrano Giménez, se estructura en torno a seis capítulos, que son concluidos con una “coda” a modo de epílogo. Cada uno de los capítulos aparece titulado con una sola palabra: (1) Clasificación, (2) Creencias, (3) País, (4) Color, (5) Clase y (6) Cultura. Este es el orden en el que también se articulará la presente recensión de libro, en la que, de la misma forma que el autor, aportaremos una coda final que vincule someramente sus propuestas con nuestra intencionalidad particular orientada a reflexionar sobre cómo construir, revisar y sostener procesos y escenarios educativos comprometidos con la justicia social.

El primer capítulo sirve al autor para acomodar algunas ideas teóricas sobre la identidad que serán útiles en la comprensión de los capítulos siguientes, los cuales abordarán componentes identitarios específicos, tal y como puede intuirse tras leer sus

*Contacto: aizquierdo@edu.uned.es

correspondientes títulos. El autor comienza este capítulo inicial esbozando el concepto de identidad desde una perspectiva histórica, señalando cuándo y en qué contexto aparece el término y a qué se refiere, transitando desde su introducción por el psicólogo social Erik Erikson en lo referido al sentido del “yo” hacia las posiciones del sociólogo Alvin W. Gouldner, quien describe cómo se inserta esa identificación individual en otra identidad social más amplia y compartida, y cómo a cada identidad corresponden expectativas concretas sobre derechos y obligaciones. Appiah parte de ahí para lanzar una serie de interesantes afirmaciones a considerar. La primera de ellas es que, para comprender las identidades, primeramente, deberemos entender cómo se aplican las etiquetas que las definen, para lo cual habrá que hacer un trabajo analítico riguroso. Otra de ellas es que las identidades proporcionan a las personas un motivo para hacer cosas, es decir, tienen importancia normativa (capacidad para generar normas sobre actitudes, comportamientos, inclusiones y exclusiones...). Complementariamente, esas mismas identidades pueden ser utilizadas para que unas personas justifiquen hacer cosas a otras personas (“identidades dominantes” / “identidades subordinadas”). Para ejemplificar este hilo argumental y ejemplificar la idea de que incluso las identidades que parecen sostenerse en lo biológico tampoco pueden definirse con suficiente certeza, Appiah se apoya en las teorías feministas sobre la conformación bio-social de los cuerpos enmarcados en el sistema sexo/género, exponiendo un planteamiento cercano al que ofrece la bióloga y filósofa Fausto-Sterling (2006) en su obra “Cuerpos sexuados”.

De esta manera, el autor introduce desde el primer momento el enfoque de género, que será transversal durante el resto de la obra, y tranquiliza así a quienes nos había extrañado no encontrar la palabra “género” en ninguno de los títulos de los capítulos del libro. A continuación, rescata varios conceptos para seguir elaborando ese marco que servirá para seguir el resto del texto: nos habla de “interseccionalidad”, recurriendo a Kimberlé Crenshaw; de “habitus” y “*hexis* corporal”, citando a Pierre Bourdieu; así como de “esencialismo”, de la mano de Susan Gelman. De esas herramientas teóricas nos serviremos durante todo el libro para aprender a mirar desde otras perspectivas, y de manera más profunda y crítica, el asunto de lo identitario, ya que “por mucho que la identidad nos importune, no podemos prescindir de ella. Puede que las identidades sociales estén fundadas en el error, pero nos otorgan unos contornos, un sentido de la reciprocidad, valores, y sentido y significado a nuestras acciones” (p. 57).

En el segundo capítulo, Appiah sostiene que, contrariamente a lo que se nos suele enseñar, la religión va más allá de las creencias. En esta línea, el autor distingue entre tres componentes imbricados en lo religioso: las creencias, las prácticas y las comunidades. Es esos tres espacios interrelacionados, tal y como se ejemplifica en el texto, se suceden un “barullo de continuidades y discontinuidades” (p. 69). Un ejemplo de ello son las escrituras en las que, en parte, se sostienen algunos credos, las cuales provienen de orígenes imprecisos, además de haber sufrido variaciones intencionales o por error, así como reinterpretaciones diferentes según lo que se tratase de justificar en los diversos contextos espacio-temporales. Sobre esto, Appiah hace una advertencia que deberíamos tomar en cuenta: “los críticos del fundamentalismo que equiparan la identidad religiosa con un conjunto estático de creencias o una lectura de sus escrituras comparten con ellos esa misma postura ahistórica” (p. 93). Porque las identidades religiosas han de ser contextualizadas, así reconoceremos que si han logrado sobrevivir ha sido a través de los cambios -y no a pesar de ellos- en lo referido a sus maneras de comprender y reinterpretar

las escrituras, así como las formas de definir las prácticas religiosas y de vincularlas a comunidades también cambiantes.

Llegado el tercer capítulo, toca el turno de reflexionar sobre la manera en la que se han configurado los Estados-nación y con ellos las identidades asociadas a cada uno. Appiah se embarca aquí en cuestiones orientadas a detallar las maneras arbitrarias de fijar límites entre “pueblos” para construir “naciones”, explicando cómo esto da lugar a debates sobre “Estados plurinacionales” y tensiones entre “globalismos” y “patriotismos”, además de las contradicciones que, consecuentemente, presenta el término “autodeterminación”. Desde aquí, pasa a revisar las *promesas y los peligros* inherentes a las “políticas de reconocimiento”, citando para ello a Charles Taylor, pero obviando las aportaciones de Nancy Fraser (2016), quien las vinculan a una necesaria redistribución. En todo caso, Appiah lanza en este contexto un apunte que necesariamente tenemos que recoger: “cuando el Estado nos mira –con sus documentos de identidad, sus convenios educativos y demás instrumentos de reconocimiento–, invariablemente fija y hace rígido un fenómeno que no es fijo ni rígido (...) Lo que termina haciendo es esculpir lo que pretendía solo reconocer” (p., 129). Una forma de mirar y reconocer(nos) que deberíamos complejizar y trascender, por tanto, desde un enfoque intercultural capaz de cuestionar la estabilidad de las estructuras, identidades y características asignadas a las personas y los colectivos (“reales” o “imaginados”), para lo que habrá que –entre otras cosas– poner el foco crítico también en lo relacional (Mata-Benito, 2013).

Cuarto capítulo, “color”. Appiah narra, apoyándose en datos biográficos de varios personajes reales involucrados en distintos puntos de la trama, cómo el concepto de “raza” sirvió a los intereses coloniales y se creó con la colaboración activa de la ciencia de la época. El autor desmorona durante el capítulo lo que denomina la “triada racial”, entendida como aquellas tres ideas falaces que sostienen el constructo “raza” y nutren la justificación de las desigualdades que emanan de él. La primera falacia es la “fijación racial”, es decir, explicar las características de cada ser humano como un producto de su “raza”. La segunda, el “pensamiento tipológico”, esto es, creer que cada uno de los supuestos miembros de un grupo es típico, o sea, representativo de su tipo/“raza”. El tercer componente de esta triada sería el “esencialismo” como tendencia mental, reforzada por los “discursos expertos”, que lleva a creer que determinadas categorías poseen una naturaleza latente e inmanente. Appiah desmenuza entonces el recorrido que va desde la diversidad, pasando por la diferencia, hasta llegar a la desigualdad. Y asume el reto implícito en que, una vez consolidadas tales categorías, éstas ofrecen una base a los colectivos para auto-denominarse y desde ahí articular la movilización política, pero: “¿cómo podríamos discutir las desigualdades basadas en el color sin hacer referencia a los grupos definidos por el color?” (p. 169). Una pregunta intrigante que, de alguna u otra manera, el propio Appiah relativiza al afirmar unas páginas atrás que “lo que Du Bois llamó el problema de la línea de color no tenía que aludir literalmente al color” (p. 163), sino que implicaba otras cuestiones más complejas y sistémicas, como el propio Du Bois y otros/as trataron de apuntar con la fundación del pensamiento panafricanista.

En este quinto capítulo, Appiah nos sorprende con una lógica que va en otra dirección a la que nos habíamos habituado en los capítulos anteriores. En esta ocasión afirma que “en lo que se refiere a la clase, voy a presentar el argumento contrario, que las continuidades son, en lo tocante a este caso, mucho mayores de lo que a menudo pensamos. Al progresar hacia el ideal meritocrático, hemos creído que dejábamos atrás las antiguas incrustaciones de las jerarquías heredadas. Pero esa, tal como Michael Young sabía, no es la historia real”

(p. 179-180). Menciona a Young porque a través del seguimiento de su vida y pensamiento es como desarrolla Appiah la idea que acabamos de recoger, a la vez que la entrelaza con tres dominios vinculados a las identidades de clase (que son aplicable a todas las demás): etiquetas, normas y trato. Es a partir de esta otra triada desde la que el autor problematiza la idea de la meritocracia y, consecuentemente, propone una *praxis* educativa orientada a facilitar procesos vitales *valiosos*, entendiendo qué es lo valioso desde un sentido amplio y heterogéneo, necesariamente vinculado con aquellas habilidades y pasiones personales, que no pueden desconectarse tampoco de las circunstancias en la que cada cual ha nacido y vive, ni con los proyectos a los que se decide dar importancia. Es decir, a partir de esto, la función de educadoras y educadores podría ser comprender que sus tareas deben contribuir a que las personas puedan “llevar una vida humana de valor”, y no solo favorecer una formación para que sean “alguien que puede ganarse la vida” (p. 223) en un contexto donde las instituciones educativas -y no sólo estas- se dedican a delimitar lo valioso y a construir imaginarios sobre “eficiencia”, “rendimiento”, “excelencia”, “talento”, “mérito”..., que trampean esa desigualdad histórica de clase (entre otras) al camuflar o negar su continuidad en nuestros días.

Podríamos decir que, en este último capítulo, Appiah se propone *escribir contra la cultura* (Abu-Lughod, 2012), en concreto contra una manera particular de concebir la cultura, asumiendo una definición muy cercana que nos recuerda a la que tan didácticamente propone Díaz de Rada (2012) en su obra “Cultura, antropología y otras tonterías”. A partir de ello, Appiah cuestiona la existencia de una identidad/civilización/cultura occidental, explicando cómo se ha construido una identidad europea a partir de la contraposición entre cristianismo e islam, de manera errónea y miope, sostenida en un relato mitológico que va “de Platón a la OTAN”. Un relato construido históricamente por quienes no han entendido -o querido entender- que “la cultura es algo desordenado y embrollado, nunca prístino y puro” (p. 257). Con todo ello, Appiah cuestiona también la idea de “valores comunes” ligados al poco definido lugar ideológico-espacial que llamamos “Occidente”, así como la noción de “apropiación cultural”, la cual el autor entiende más como un “diagnóstico equivocado” de lo que sí suelen ser caricaturizaciones culturalistas y “faltas de respeto que se ven agravadas por una desigualdad de poder” (p. 256).

La coda de Appiah arranca con una cita del poema “Esperando a los bárbaros” de Cavafis (2016), escrito en 1898, pero tremendamente aplicable a nuestros días. Si nos atrevemos a parafrasear esos versos que encabezan el epílogo del libro que estamos reseñando, podríamos escribir algo como: “Y ahora ya sin *identidades reificadas*, ¿qué será de nosotras/os? Esos *esencialismos* eran una cierta solución”. Lamentablemente, esto parece lejos de ocurrir, ya que redundo aun con fuerza “la insistencia en una pureza imaginaria, el apego a una esencia irreal, la defensa de un significado único para unas etiquetas cuyos significados deberían mantenerse abiertos y en discusión” (p. 263). Sin embargo, no podemos confundir esta aspiración con el ideal liberal que predica que podemos reinventar nuestras identidades unilateralmente sin tener en cuenta la lectura que se hace de ellas desde otras posiciones. En este sentido, quizá sea precisamente esa una de las claves de nuestra tarea educativa: ayudar a construir miradas intersubjetivas complejas sobre la diversidad humana y realizar aportaciones hacia la apertura y la discusión de esas identidades que requieren que intentemos que nos sean útiles a todas/os. En definitiva, reconstruir intersubjetivamente identidades e identificaciones que nos den *poder para-*, no *poder sobre-*, que sean dinámicas y flexibles para que no nos atrapen ni cerquen, y que tampoco acorralen, aparten ni asfixien a otras personas. Porque, retomando a Cavafis y

cambiando esta vez la palabra “murallas” por “identidades” en otro de sus poemas, finalizamos la reseña con estos versos: “Sin miramientos, sin pudor, sin lástima, / altas y sólidas *identidades* me han levantado en torno. / Y ahora, heme aquí, quieto y desesperándome. / (...) porque yo muchas cosas tenía que hacer fuera”.

Referencias

- Abu-Lughod, L. (2012). Escribir contra la cultura. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 9(19), 129-157.
- Appadurai, A. (2007). *El rechazo de las minorías. Ensayo sobre la geografía de la furia*. Barcelona: Tusquets.
- Cavafis, C. P. (2016). *Poemas*. Traducción de Ramón Irigoyen. Barcelona: Debolsillo.
- Díaz de Rada, A. (2012). *Cultura, antropología y otras tonterías*. Madrid: Trotta.
- Fausto-Sterling, A. (2006). *Cuerpos sexuales*. Barcelona: Melusina.
- Fraser, N. (2016). ¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era postsocialista. En J. Butler y N. Fraser (Eds.), *¿Reconocimiento o redistribución? Un debate entre marxismo y feminismo* (pp. 23-66). Madrid: Traficantes de Sueños.
- Maalouf, A. (2010). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza.
- Mata-Benito, P. (2013). Interculturality beyond its own limits: Epistemological and ethical-political proposals. *Anthropology in Action*, 20(3), 43-52.

Breve CV del autor

Alberto Izquierdo-Montero

Ayudante de investigación y doctorando en el Grupo INTER de Investigación en Educación Intercultural, así como en el Departamento de Métodos de Investigación y Diagnóstico en Educación I (MIDE I), de la Facultad de Educación de la UNED. Colaborador en el Grupo de Innovación Docente CoLab (Laboratorio abierto y colaborativo para la innovación docente) y en la Oficina de ApS de la UNED. Sus líneas de investigación parten desde el enfoque intercultural como mirada para comprender los procesos educativos, poniendo el foco en lo relacional. A partir de ahí, aborda temáticas vinculadas con: políticas públicas en educación; metodologías y escenarios de educación a distancia; procesos de participación social y política como espacios de aprendizaje; antirracismo y decolonialidad en educación. Actualmente, forma parte del equipo investigador en el proyecto “Infancia y participación. diagnóstico y propuestas para una ciudadanía activa e inclusiva en la comunidad, las instituciones y la gobernanza” (CHILDCITY) [RTI2018-098821-B-I00], así como en el otro proyecto orientado a la elaboración de propuestas para convocatorias de H2020, dentro del programa “Europa Investigación” (EUI2017-86719). Además, realiza acciones de colaboración docente en el Máster Euro-Latinoamericano en Educación Intercultural (UNED). ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-1146-9299>. Email: aizquierdo@edu.uned.es